

SI FALTAN CARTAS DE NAVEGACIÓN, MIRAD A LAS ESTRELLAS

Padecemos los católicos de siempre, los de toda la vida, un grave error de perspectiva. Heredada de los tiempos de la “cristiandad” (del nacional-catolicismo español), pensamos con la mejor de las voluntades que iglesia y mundo han de identificarse, que es posible y deseable unificar el pensamiento, la moral y las prácticas religiosas. Todos creyentes, todos discípulos, todos fieles hijos de la Iglesia. Conozco incluso obispos que piensan así.

No aceptamos de buen grado que el evangelio supone otro orden de cosas. Así leemos: “el mundo no puede recibir el Espíritu de la verdad porque no lo ve ni lo conoce”. Con eso tenemos que contar. La Iglesia vive en este mundo concreto que ni ve, ni conoce, ni se interesa por el Espíritu de la Verdad y que tampoco **puede** ver a Cristo resucitado. A este mundo así configurado es enviada la Iglesia porque es el mundo que Dios ama.

Aquí y ahora, en este contexto, es donde los creyentes hemos de estar dispuestos y **“prontos para dar razón de nuestra esperanza”** (segunda lectura del domingo próximo). Sin proselitismo, porque se añade “dar razón de la esperanza a **quien lo pide**”. Lo que excluye la falta de respeto a quien piensa de modo diferente.

¿Y si no la piden? ¿Hemos de quedarnos de brazos cruzados si las mayorías viven a gusto en su agnosticismo, indiferencia religiosa o simple rechazo de todo lo religioso? Sencillamente, no. ¿Cómo hacer entonces? Pues lo que vemos a las primeras comunidades cristianas y en todo lugar y tiempo en que la Iglesia ha tenido vigor y relevancia. El libro de los Hechos describe así este fenómeno: **“el gentío escuchaba con aprobación lo que decía Felipe porque oía hablar de los signos que decía, y LOS ESTABA VIENDO”**.

Así es. La gente cree cuando ve. Al menos se hace preguntas. Allí donde se sirve a la vida, donde se encuentra misericordia, allí la gente se cuestiona y busca la razón de ese comportamiento. Ahí entra en juego el anuncio explícito de Cristo el Viviente. En cambio, “una Iglesia formada por cristianos que se relacionan con un Jesús mal conocido, poco amado y apenas recordado de manera rutinaria, es una Iglesia que corre el riesgo de irse extinguiendo. Una comunidad cristiana en torno a un Jesús apagado, que no seduce ni toca los corazones, es una comunidad sin futuro” (Pagola).

Dar señales de vida con obras de misericordia, con el trabajo gratuito sin esperar votos ni recompensas, a favor de los pobres y excluidos... eso es lo que provoca preguntas. Esa es la ventana abierta a la religión, a la trascendencia, a Cristo.

Como en su día dijo el actual General de los Jesuitas, “cuando no sirven las cartas de navegación, hay que mirar a las estrellas”. Las viejas cartas de navegación para mares ya recorridos, tales como programas de pastoral, catequesis tradicionales, acciones litúrgicas rutinarias, predicación moralizante... quizá ya no nos sirvan. Entonces hay que mirar **A LA ESTRELLA. Que es Cristo Resucitado**. “Dentro de poco el mundo no me verá, **pero vosotros me veréis y viviréis**”. Ese es el asunto, mirar a Cristo, ver a Cristo, experimentar a Cristo. Eso es mirar a la estrella. Entonces surge, espontánea y libre, gozosa y expansiva, la razón para la esperanza. **Hecha misericordia, con mansedumbre, respeto y buena conciencia**.

JOSÉ MARÍA YAGÜE